

Plachy fue imitado por todos los religiosos y sacerdotes seculares, los que viendo á la patria amenazada, y no quedándoles otro recurso que morir ó ver perecer el catolicismo, se mezclaron en la lucha, en la que sucumbieron muchos de ellos, siendo los mas heridos. El príncipe de Colloredo, que mandaba las tropas de la ciudad, hizo una resistencia tan heroica, que siendo secundado en sus planes por los sacerdotes de todos los Institutos y jerarquías, obligaron á los suecos á levantar el sitio. Como el P. Plachy se habia dejado ver continuamente en la primera fila, los jefes de los imperiales le prepararon una corona mural; y con el objeto de consagrar sus altos hechos militares, dirigió el Emperador una carta autógrafa al General de la Compañía de Jesús, que traducimos del original latino:

«Reverendo y apasionado Padre, apreciadísimo á nuestro co-razón.»

«Doy gracias á Dios por el feliz triunfo de ese patriótico amor y de ese ardiente celo por el bien comun de la Religion, de que han dado un ejemplo muy útil los Padres de la Sociedad de Jesús en la gloriosa defensa de esta amada ciudad de Praga, donde se hallan establecidos. Su excelente conducta nos es cada vez mas expresamente recomendada; y como entre las hazañas de los demás defensores, nos citan con elogios unánimes los grandes servicios que ha prestado el P. Plachy, cuyo valor y estrategia han alentado, armado y sostenido á la juventud de nuestras escuelas, hemos creído su cooperacion y los servicios de vuestra Compañía dignos de recibir la noticia y seguridad de que nos han sido muy satisfactorios. En cualquiera ocasion que se presente, nos mostraremos reconocidos y dispuestos á favorecer á toda vuestra Orden con una munificencia imperial. Sí, os prometo mi imperial y real benevolencia.»

«En Viena á los 16 de diciembre de 1648. — FERNANDO.»

El tratado de Westfalia, tan honroso para la Francia, venia á ser la muerte del catolicismo en Alemania. Solo los Jesuitas, en la esfera de sus funciones, fueron los únicos que no desesperaron de la causa de la Iglesia abandonada momentáneamente por el rey de Francia por grandes motivos políticos. Proponiéndose continuar los planes que por muerte del P. Lamormaini, llegado á Viena en 22 de febrero de 1648, quedaban por realizar, minaron por su basa al protestantismo, que, merced á su alianza con el Go-

bierno francés, habia obtenido el derecho de ciudadano en Alemania, popularizando la educacion, y abriendo en todas partes escuelas, donde la elocuencia secundaba á la lógica. Si los acontecimientos dominaban su incesante accion, si trataban de interceptar la libertad de su ministerio, los Jesuitas aprendian á rechazarlos, y obrando en la oscuridad, iban consiguiendo poco á poco la ruina de la herejía.

Esta ya no se hallaba sostenida por la idea de emancipacion, ni podia entablar otra especie de lucha que algunas cuestiones teológicas; no se ostentó tan temible en las cátedras como en los campamentos. Como por otra parte no conocian todas esas sectas centro alguno de direccion, ni lazo alguno de unidad; si un peligro comun habia reunido á sus individuos separados por un abismo de orgullo, no tardó la prosperidad en dividirlos por segunda vez. Entre tanto, los Jesuitas, que habian prudentemente presagiado que tantos proyectos de reforma vendrian á encallar en el mismo puerto, y que el triunfo seria mas fatal á los Luteranos que su misma derrota, se prepararon á recoger los frutos de su prevision, que fueron por cierto muy abundantes. Gobernaronse de tal modo los Padres, é hicieron resaltar tan perfectamente la nada de las creencias aisladas, y el vicio del libre examen, que en el espacio de veinte años, pasó á ser el protestantismo mas bien una oposicion habitual contra la corte de Roma, que un culto susceptible de ofrecer á los talentos reflexivos un cuerpo de doctrinas homogéneas.

Lo mismo en Alemania que en Bélgica y Holanda, se encontraban frente á frente con dos principios religiosos: en estas provincias de los Países Bajos, reunidas frecuentemente por la victoria, aunque hostiles siempre por las costumbres, por el espíritu de nacionalidad y por sus mismos intereses, se ventilaba á mano armada una cuestion idéntica; pero allí, como en todas partes, experimentaban los Jesuitas el rechazo de los triunfos luteranos.

Ya hemos visto que la Bélgica se habia dividido por los años de 1612 en dos provincias de la Orden, y que la provincia flandro-belga comprendia la Holanda, donde Alejandro Farnesio habia establecido misiones militares; es decir, habia deseado que los Jesuitas marchasen al abrigo de la enseña militar, con el objeto de inspirar á sus soldados mas confianza en su propia causa. Adaptando en seguida Spinola á la armada naval el ejemplo que

Farnesio había emprendido en favor del ejército de tierra, interpola á los Jesuitas con sus marinos, como aquel lo había practicado con sus tropas. Mientras que los PP. Scribani, Coster, Lessio y Saily asisten á los campamentos y escuelas como centinelas avanzadas de la Religion, defendiéndola contra las usurpaciones del protestantismo, continuaban otros en la misma Holanda la obra de sus predecesores. Proscritos de los Estados de la República, esta proscripción y las torturas con que les amenazaban Mauricio de Nassau y sus adherentes, solo servian para acrecentar su celo. Después de haber regularizado su accion, marchaban los Jesuitas á poner en ejecucion la obra de su apostolado. En 1617 ocupaban las principales ciudades de las provincias confederadas: hallábanse en Amsterdam, en el Haya, Utrecht, Leyde, Harlem, Delft, Rotterdam, Gonda, Hoorn, Alkmaer, Harlingem, Groninga, Bolsward, Zutphem, Nimega y Vianen. Publicábanse cada dia nuevos edictos contra ellos, porque sus esfuerzos producian diariamente nuevos triunfos; y siéndoles allí como en todas partes favorable el misterio, obraban y hablaban parapetados en el misterio. Los holandeses católicos permanecian invencibles; los Luteranos trataron de comprometer á los Jesuitas, imprimiendo sus correspondencias íntimas con el General del Instituto. En aquellos tiempos de controversias y peligros, rodeados siempre los Padres de enemigos vigilantes, y no siéndoles posible tratar los asuntos religiosos sino con mucha reserva, trataron de poner á cubierto sus secretos, y salvaguardarlos de las siniestras interpretaciones, sirviéndose de un lenguaje convenido. Hallábanse en Holanda, y habían adoptado el estilo comercial; pero habiendo caido su correspondencia en manos de los agentes de Mauricio de Nassau, y siendo un enigma para ellos, se la dieron al pueblo para que la comentase bajo el título de: *Occultus mercatus Jesuitarum*. Apenas se hubieron dado á luz pública las referidas cartas, cuando hallada la clave por el buen sentido público, se vieron precisados los Protestantes á retirar de la circulacion todos los ejemplares que habían diseminado, para no tener que glorificar á la Compañía de Jesús, cuyos trabajos revelaba esta correspondencia.

La España había negociado con Holanda, y los Reyes católicos reconocian la confederacion que les arrancaba por medio de las armas su libertad y su nuevo culto; pero apenas había triunfado

el protestantismo, cuando empezó á introducirse la division en sus doctrinas. Los sectarios se habían separado de la unidad para caminar por la senda del libre exámen; este los arrastraba á la confusion; la confusion á la intolerancia, y esta al asesinato jurídico. Divididos los holandeses en dos campamentos, merced á las lecciones de Gomar y Arminio, discípulos ambos de la escuela de Calvino, empezó la política á inmiscuir sus teorías con las de los doctores, y bien pronto se convirtieron las Provincias-Unidas en un vasto campo de batalla donde cada uno combatia, segun Voltaire (*Ensayo sobre las costumbres*) «por cuestiones oscuras y «frívolas, en las cuales ni siquiera se sabe definir las cosas por «que se disputa.» Mauricio de Nassau se hallaba á la cabeza de los Gomaristas que secundaban sus ambiciosos proyectos, mientras que el gran pensionista Barnevelt y Grocio se pusieron de parte de los Arminianos, esforzándose á restringir el poder que se atribuía.

Semejante situacion no podia menos de producir colisiones tan sangrientas. Mauricio de Nassau se mostró inclemente con sus adversarios, á la manera que lo son todos los revolucionarios afortunados. Mientras que aquellos se habían coligado contra el despotismo de uno solo, proclamando en seguida la libertad de cultos y la de pensamiento; mientras que aquellos hermanos de la víspera solo aspiraban á reemplazar con otro absolutismo mas atroz el ejercido por los reyes de España y el duque de Alba; y mientras que Barnevelt y Grocio raciocinaban y discutian como todas las oposiciones, hablando de derechos imprescriptibles, de igualdad y justicia, se ocupaba Mauricio en combatirlos con la espada, ó haciéndoles morir en un patibulo; y cuando la guerra civil no le ofrecia lances de honor, apelaba entonces á sus teólogos. Habiéndose reunido en Dordrecht un sínodo por los años de 1618, después de condenar la doctrina de los Arminianos; esta asamblea que con menos autoridad, menos ciencia y virtud que la que desplegaban los concilios ecuménicos, ajaba las doctrinas de los novadores, y sin embargo, exclusiva como todas las sectas, invitó á los extraviados de la Iglesia á unir su causa á la suya. «Cuatro provincias de Holanda rehusaron, segun dice Mosheim, escritor protestante y teólogo¹, adherirse al sínodo de «Dordrecht, el cual fue recibido en Inglaterra con desprecio,

¹ *Institutiones historiae ecclesiasticae.* (Helmstad, 1764).

« porque los Anglicanos manifestaban respetar á los Padres de la Iglesia. »

Mauricio de Nassau hallaba resistencia hasta en sus mismos correligionarios, y por lo tanto acudió al verdugo para hacer triunfar sus doctrinas y ambicion. El anciano Barnevelt luchaba por la emancipacion de su patria, y no queria doblegarse á los errores de los Gomaristas. Fiel á los que habia abrazado, evocaba la fantasma de libertad, que solo encontró en la muerte. Decapitáronle « porque, segun la sentencia promulgada en una comision, habia contristado cuanto pudo á la Iglesia de Dios. » Estas ejecuciones, mas odiosas aun que las con que habia ensangrentado el duque de Alba el suelo de los Países Bajos; estas divisiones que estallaban entre unos sectarios, que repudiaban la autoridad de la Santa Sede para abandonarse á su razon individual, eran muy adecuadas para inspirar un saludable regreso á los espíritus cuerdos. El protestantismo se mostraba mas intolerante que la religion romana; apoderáronse los Jesuitas de esta reaccion al pié mismo del patibulo de Barnevelt, y á la puerta del calabozo de Luwenstein, de donde arrancaba la mujer de Grocio á este gran jurisconsulto; y supieron sacar tan buen partido, que la persecucion dirigida contra Barnevelt se transformó en simiente católica. Empezáronse á multiplicar los oratorios tras los mostradores de los mas ricos comerciantes; hasta que renovándose las hostilidades entre Mauricio de Nassau y la Península ibera por muerte del archiduque Alberto, ocurrida en 1620, apareció un azote todavia mas terrible que el de la guerra en ambos ejércitos. Este azote fue la peste de Mansfield, llamada así por los Católicos, del nombre de Felipe, conde de Mansfield y general al servicio de la Holanda. Corriáanse mas peligros en los hospitales que en los campos de batalla. Presentáronse los Jesuitas do quiera que habia un moribundo, y sacrificándose así en Bruselas como en Lovaina, sucumbieron á sus estragos en Malinas los PP. Proot, Gaillard, Wiring y Seriantz; como sucedió en Amberes á los Padres David, Taleman, Jorge, Vanderlancken, y los coadjutores Vanderbos y Sperrmaher.

Los padecimientos que arrostraban por sí mismos, y que mitigaban en los demás, no les pudieron hacer olvidar que en todo tiempo y en todos lugares debian ser los portaestandartes de la Iglesia. En 1623, durante lo mas recio de la lucha que ilustró los nom-

bres de Mauricio de Nassau y Ambrosio Spinola, se atreven algunos Padres á penetrar en Dinamarca; marchan otros á través de la flota holandesa á conducir á los prisioneros protestantes, que se hallaban en Dunkerque y Amberes abandonados y sin socorro, el tributo de su celo: no importa que entre ellos haya algunos ingleses, alemanes y escoceses; los discípulos de Ignacio sabrán confundirlos á todos en un mismo sentimiento de conmiseracion. Habiendo caido su jefe Felipe Mansfield en poder de los españoles en la batalla de Fleurus, hácese franquear la fortaleza el Padre Guillermo Pretere; pide permiso á Gonzalo de Córdoba para ver al preso, y después de haberse insinuado en su confianza, entra con él en discusion, y á la voz del Jesuita descende la conviccion al espíritu del feroz partidario, que apenas estuvo en libertad cuando abrazó el catolicismo, abjurando la herejía al pié del altar de los Jesuitas.

Como la provincia galo-belga era la mas inmediata á la Francia, se veia menos expuesta á los desastres de la guerra, y por consiguiente la Compañía de Jesús hacia progresos rápidos en este rico país. En 1616 los príncipes Juan y Gil de Méan fundan un colegio en la ciudad de Huy, su patria; Francisca Brunelle erigia otro á sus expensas en Maubeuge; mientras que los religiosos de San Waast dotaban á los Jesuitas de Arras, y las canonesas de Santa Gertrudis y el obispo de Namur les ofrecian una casa en Nivelles; y Florencio de Montmorency y Francisco Grenier los establecian en Armentières, donde el P. Carlier por medio de la predicacion reformaba las costumbres. En Lila, donde acababa de declararse la peste, se improvisaban enfermeros de los moribundos, y sucumbian con ellos; en Tournai se empeñaba una piadosa contienda entre los Agustinos y los Jesuitas, en la que estos últimos perdieron su causa, por haber invocado en favor suyo la anterioridad del sacrificio. En 1620, no era ya la peste sino el hambre la que diezaba á los moradores de Douay. Los magistrados habian agotado ya todos los recursos existentes en la poblacion: los ricos é indigentes se veian condenados á perecer de inanicion; ningun auxilio encontraban sobre la tierra, cuando acudiendo los Jesuitas, reunen á sus discípulos, los cargan de canastos llenos de víveres, y distribuyen el pan de la caridad en todos los domicilios. Testigo Francisco de Montmorency de la sublimidad de estas obras, que la historia, arrastrada por el cho-

que de las pasiones, no tuvo ocasion de anotar, y que se olvidan con la misma facilidad que se pierden los beneficios en la memoria de los hombres, trata de consagrar esta abnegacion sacrificándose á sí mismo; y renunciando al colmo de las grandezas, tan merecidas por su cuna como por sus cualidades, se despojó de todas ellas para tomar el hábito de los Jesuitas.

La Bélgica aceptaba en todos sus ámbitos á los Jesuitas, como un baluarte inexpugnable contra la herejía, y como una fortaleza para el porvenir; y mientras que los holandeses los proscribian por este doble motivo, los Católicos no temian caminar por una senda opuesta. Ana y Esther Jansen, y su parienta Juana Reyser ofrecen en 1628 á los hijos de Loyola una casa de noviciado en Bierne. Francisco Vander-Burg, arzobispo de Cambrai, y Juan de Florbecque, fundaron en 1632 el colegio de Ath. En 1636 perecen once Padres de los veinte y cuatro que se habian reunido en Bethune para socorrer á los apestados; y habiendo sucedido la guerra al azote del contagio, fue destruido enteramente el colegio; si bien no tardó en levantarse de sus ruinas, por la generosidad del P. de Libersaert, y de su tío el conde de Nedonchel.

Tantos y tan continuados triunfos no eran á la verdad muy á propósito para tranquilizar á los Protestantes. El P. Juan Bautista Boddens acababa de arrebatarse á los sectarios una de sus mas ilustres columnas en la persona del duque de Bouillon, gobernador de Utrecht, cuya abjuracion é ingreso en el gremio del catolicismo habia sido obra del Jesuita. Viendo los herejes que no podian vengarse del Príncipe, dirigieron su encono contra los Jesuitas. Habíase sometido á los holandeses esta ciudad en 1633, con la previa condicion de que los Católicos é individuos de la Compañía de Jesús disfrutarian, los primeros del libre ejercicio de su culto, y de la facultad de desempeñar su ministerio los otros; pero habiendo provocado algunas medidas opresivas la abjuracion del Duque y los triunfos que coronaban los esfuerzos del Instituto, los PP. Boddens y Gerardo Paezman recordaron al vencedor las ofertas estipuladas en el tratado, por las que los Católicos se habian comprometido á la sumision política, y los Protestantes á la tolerancia religiosa.

Como se habian violado las estipulaciones del tratado, ambos Jesuitas atacaron con energía semejante atentado contra los dere-

chos de la conciencia y de la justicia: lo cual visto por los Luteranos, y conociendo el profundo eco que habian hecho sus reclamaciones en el corazon de los Católicos, acusaron á los Padres de estar tramando una conspiracion, para introducir en la fortaleza á los españoles. Nada mas cierto que esta acusacion: el complot existia en realidad: un soldado que se hallaba iniciado en él, reveló los planes y nombres de los conjurados; pero en él no vemos á ningun Jesuita, hasta que prometiéndole los Protestantes la libertad y una fortuna considerable, si inculpaba á los Padres Boddens y Paezman, acepta el mercado, y declara que ha conversado con ellos sobre el complot.

Esta declaracion era mas que suficiente: verifican un careo entre Boddens, Paezman, el coadjutor Felipe Nottin, y el pretendido cómplice de los tres Jesuitas; interróganle precipitadamente y sin orden; vacila, titubea, nada en la incertidumbre; y conociendo los Protestantes el compromiso de su irresolucion, la pusieron un término, decapitándole sin mas fórmula de proceso.

Aun cuando nuestra conviccion no se halle basada en prueba alguna legal ni en ningun material indicio, creemos que, por mas que se defendieron con destreza, no ignoraban al menos la trama de los Católicos; pero léjos de acriminarlos, aprobamos su conducta, por haber querido castigar semejante violacion del derecho de gentes. Mas esta defensa exasperó de tal modo á los Luteranos, que no pudiendo arrancarles una declaracion con amenazas, recurrieron á las torturas. Colocaron á los dos Padres y al coadjutor Nottin sobre unas planchas de hierro candente y puestas en aspa; los ataron de piés y manos con cadenas erizadas de puntas de acero que les atravesaban la carne; encerráronles en seguida el cuello en un enrejado de plomo, guarnecido de un triple encaje, y así colocados los rodearon de braseros. Apenas habia tostado el fuego sus carnes cuando les aplicaron sal, vinagre y pólvora. Y no pararon aquí las crueldades de los herejes: pusieronles sobre el pecho siete hachones encendidos; les mutilaron hueso por hueso los dedos de piés y manos, y habiendo declarado los médicos después de veinte y dos horas de suplicio que el espíritu vital se extinguía en los Jesuitas con mas celeridad que el valor, los condenaron no obstante á perecer bajo el hacha del verdugo, sin haber confesado nada en tantos tormentos.

Pasado un intervalo de pocos dias, los condujeron uno en pos

de otro al patíbulo, porque no podían sostenerse sobre sus piés, y espiraron en el mes de junio de 1638, suplicando á Dios que perdonase á sus asesinos. Habíanlo hecho así; y como si quisiesen legar al mundo una huella viva de la iniquidad de los jueces, é inocencia de los ajusticiados, amenazó el Consejo de las provincias con las mas severas penas á cualquiera que publicase ningun escrito que recordase, aun en el sentido del Gobierno holandés, la conspiracion que tan bárbaramente habian expiado los tres Jesuitas.

CAPÍTULO XXIV.

Los Jesuitas llamados al Bearn. — Luis XIII y el P. Arnoux. — Predica este al Rey la tolerancia en favor de los Protestantes. — Júranle estos un odio eterno. — Empeña al Rey á reconciliarse con su madre. — El P. Seguiran, confesor del Príncipe. — El cardenal de Richelieu, ministro. — Razonas que alega respecto de su aprecio á los Jesuitas. — La universidad de Paris se muestra celosa de los Jesuitas. — El P. Coton, provincial. — Política de Richelieu. — Acusacion contra los Padres. — El cardenal Barberini, legado en Francia, y el P. Eudemon Juan. — Mateo Molé y Servin. — El P. Keller, autor de varios folletos contra Richelieu. — Eudemon Juan y el P. Garasse son acusados. — *Mysteria política et admonitio ad regem*. — Condenacion de estas obras. — Santarelli y el Parlamento. — Muerte de Luis Servin. — Omer Jalon ataca á los Jesuitas. — Toma su defensa Mateo Molé. — Son citados á la barra. — El P. Coton y el primer Presidente. — Calma Richelieu la tempestad que ha suscitado. — Muerte del P. Coton. — Carta del P. Suffren al General de la Compañía. — Empadronamiento de los estudiantes de la provincia de Paris. — Richelieu y los Jesuitas. — La ciudad de Paris y el preboste de los comerciantes ponen la primera piedra del colegio de los Jesuitas. — Cólera de la universidad. — Contestacion del preboste y de los regidores. — Guerra de las universidades del reino contra la Compañía. — Memoria del P. Garasse. — Richelieu y el P. Teófilo Raynaud. — El P. Suffren sigue á la reina madre en su destierro. — Elogio de Suffren, por el abate Gregorio. — El duque de Montmorency es condenado á muerte: llama al P. Arnoux. — Cinq-Mars y De Thou. — La corte y los confesores del Rey. — Luis XIII y Richelieu. — El Padre Caussin y la alianza con los protestantes de Alemania. — La señorita de Lafayette y los Jesuitas. — El P. Caussin desterrado por Richelieu. — La *Gaceta de Francia* calumnia al Jesuita. — El P. Bagot, confesor del Rey, se retira de la corte. — El P. Sirmond. — Carácter de Richelieu. — Prepara una revolucion. — Aspira al patriarcado. — Trata de reunir un concilio. — Secúndale el P. Rabardeau. — Muerte del Ministro. — Muerte de Luis XIII. — El P. Dinnet. — El gran Condé en Rocroi. — El mariscal de Rantzaw abjura el protestantismo en manos de los Jesuitas. — Grandes fundaciones y grandes hombres. — Asócianse los Jesuitas á todas estas obras. — Apostasía del P. Jarriage. — Su libro de los *Jesuitas en el cadalso*, y su retractacion. — Lo que es un confesor de un rey. — Carlos IV, duque de Lorena y los Jesuitas. — Francisco de Gournay y Carlos de Harcourt en el noviciado de Nancy. — El P. Cheminot aprueba la bigamia del duque de Lorena. — Se pone en lucha con la Compañía. — Amenazas del Duque. — Obstinacion del Jesuita. — Cheminot excomulgado. — Carta del P. Toccius Gerard al General. — Arrepentimiento de Cheminot.